
Investigaciones Turísticas

ISSN: 2174-5609



Reseña bibliográfica

Turismo Cultural. Entre la experiencia y el ritual

José Antonio Donaire

Turisme Cultural 3. Editorial Vitel.la 2012. 301 pp.

Por Cecilia Pérez Winter
Instituto de Geografía "Romualdo Ardisson" (FFyL-UBA)
cecipw@gmail.com

Desde hace décadas se viene observando cómo el turismo va ampliando sus modalidades en orden de satisfacer las nuevas tendencias de consumo por parte de turistas que desean conocer y relacionarse con la cultura de los países receptivos. Consecuentemente, desde el ámbito académico se viene acompañando esta vinculación que se genera entre la cultura y el turismo. Desde esta perspectiva es que el turismo puede ser considerado como otra forma de activar o destacar elementos y manifestaciones que podrían ser considerados como patrimonio de una localidad al transformarlos y ofrecerlos como atractivos. Actualmente, existen vastas publicaciones, desde diferentes enfoques y disciplinas, que examinan los conflictos/tensiones, cambios e impactos que surgen en una localidad o territorio en este encuentro del turismo-cultura y entre los turistas y la comunidad local.

El libro “Turismo Cultural. Entre la experiencia y el ritual” es un buen ejemplo de ello. Escrito por J. A. Donaire, es el primer volumen editado en español perteneciente a la colección Turismo Cultural-Cultural Tourism organizada por la editorial VieteHla. Donaire es profesor e investigador de la Universidad de Girona y dicta clases en Màster Interuniversitari en Direcció i Planificació del Turisme. En la introducción el autor ya anticipa el enfoque con el que abordará el tema al definir el turismo, desde una perspectiva posmodernista, como *“la adición de distintas realidades, a menudo contradictorias, que se superponen, se confunden, se niegan o se complementan”* (Donaire 2012: 14). Esta definición permite dar cuenta de la complejidad que lo caracteriza y considerar las tensiones y encuentros que se pueden generar cuando se conjuga el turismo con la cultura para establecer un turismo cultural.

Es por ello, que el primer capítulo denominado “El hilo de Ariadna”, examina los dos términos por separados mostrando su evolución histórica y sus orígenes románticos que perviven en la actualidad. Una de las primeras tensiones que presenta en el capítulo es la dificultad de definir los criterios y límites de cada concepto. Con respecto al turismo, desarrolla la idea de espacio turístico como una construcción social en la que los visitantes crean un espacio imaginado en el que proyectan sus fantasías y expectativas y eso es lo que genera la base de la experiencia turística. Es decir, la experiencia turística es en realidad un ritual que adopta la forma de veneración del objeto sagrado. En relación a la cultura, Donaire va desde definiciones etimológicas hasta antropológicas planteando que la cultura es cómo uno imagina y construye al otro. Por lo tanto, para el autor, la cultura es un espejismo. Un elemento de encuentro entre el turismo y la cultura, es el patrimonio, y con él, el interés de protegerlo. Por ello, el autor muestra, a través del análisis de las cartas de UNESCO, cómo se reflejan allí la noción del patrimonio y el turismo cultural durante el siglo XX. En este primer capítulo queda claro que el turismo cultural abarca una diversidad de experiencias que pueden llegar a ser contradictorias.

Clasifica estas experiencias de turismo cultural en: a- turismo culto, en el que la condición de cultura la da la actitud del visitante cuando mira culturalmente un objeto; b- turismo de la cultura cultural (o monumental), aquí la condición de cultura la otorga el objeto y no la actitud. Se confunde cultura con su representación material y se recorre sistemáticamente los nodos de mayor jerarquía; c- turismo patrimonial, es cuándo se busca un viaje al pasado, un pasado previamente imaginado y proyectado sobre los elementos visitados; d- turismo de las culturas (o etnológico), es la intención del visitante de conocer la cultura actual y cotidiana con sus manifestaciones. El turista busca una imagen idealizada de las culturas locales; e- la cultura turistificada, se refiere a la mercantilización cultural; y f- viaje extra-ordinario, lo opuesto al anterior. Para cada tipo le corresponde un perfil de turista. Sin embargo el autor afirma que no hay turistas culturales en sentido estricto, sino diversidad de motivaciones que se combinan.

El segundo capítulo, “El rastro de Herodoto”, el autor presenta un recorrido histórico del turismo cultural desde las miradas románticas del siglo XIX. Estas miradas de

carácter nostálgico se rastrean en los diarios de viaje donde se describe un mundo idealizado, opuesto al industrial y urbano que se muestra como corrompido. Así, el viaje es una forma de huida, búsqueda de placer y de otras culturas en el que se recrea una versión idílica del pasado. Es en ese momento, que se establece otro encuentro entre viaje y cultura. Asimismo, es durante el siglo XIX que se crean las primeras sociedades vinculadas a la protección y rehabilitación de sitios históricos. De esta forma, la mirada de los viajeros es la que establece los antecedentes de la construcción de posteriores nodos y códigos de comportamiento turísticos que luego reproducirán los turistas de la segunda mitad del siglo XX.

En este recorrido histórico del turismo el autor finaliza el capítulo exponiendo y caracterizando los cambios ocurridos en diferentes períodos: 1- El turismo fordista, se origina en la década de 1950, utilizando las herramientas ya existentes como las guías turísticas, los cheques de viaje, la planta hotelera, servicios, transporte, pero con una lógica diferente, el consumo de masas y con criterios propios: estandarización, precio económico y millones de usuarios. En esta fase, la experiencia turística posee una estructura morfológica y simbólica homogénea. El ritual se reduce a visitar brevemente los *sightseeing* y otros elementos culturales. El autor presenta una tensión y paradoja, en el que el turista compra una imagen del lugar que también se encuentra afectada por las transformaciones sociales del fordismo. 2- El turismo posfordista, durante la década de 1970, es presentado por el autor como la fase conflictiva del fordismo. La lógica de esta etapa está dada por una acumulación flexible de las empresas, ya que existen nuevos mercados, nuevas formas financieras y tecnología, entre otros. Asimismo, el posmodernismo influye al enfatizar la imagen sobre el contenido (significante sobre significado). El turismo posmoderno acepta la contradicción en la experiencia turística debido a la polifonía y dispersión de símbolos y signos existente. Aparecen nuevas modalidades como el llamado “turismo alternativo”. El autor plantea que esta fase es una respuesta contra la estandarización anterior, y busca la heterogeneidad. La influencia en el turismo cultural es el renacimiento de la nostalgia del siglo XVII y se registra un incremento de museos y visitación, aumento de pernoctaciones en ciudades monumentales, por ejemplo. Se valoran otros sitios y se exhibe el patrimonio convirtiéndolo en imagen de producto turístico, lo que lleva a revitalizar espacios que habían estado marginados y en decadencia. La tensión presentada aquí en esta construcción social de la realidad es la desconexión entre la imagen y su forma verdadera. Las sociedades locales representan una autenticidad que responde al modelo idealizado que tienen los visitantes y los turistas se mantienen en los espacios prefabricados por la experiencia turística. Por último, C- el Turismo fordista en el posmodernismo, aquí las formas clásicas del turismo cultural fordista que persiste convive con los nuevos modelos.

El tercer capítulo titulado “Las luces de Lumière”, examina la lectura semiológica del turismo cultural a través de las interpretaciones reflejadas en la mirada de los visitantes (significado y significante). Uno de los puntos de partida es considerar el turismo como una forma de semiótica en el que es preciso interpretar ciertos símbolos que

impregnan las relaciones sociales y que determinan las conexiones entre sujetos y su entorno social. Los turistas inician la lectura semiológica por medio de los marcadores turísticos del espacio. Y los atractivos son activados como símbolos turísticos cuando son capturados por la mirada del visitante, que en realidad acceden al símbolo del símbolo antes que al símbolo mismo, porque relacionan el escenario visitado con el escenario imaginado. Asimismo, el autor plantea que todo acto turístico es una metonimia en la que se toma la parte por el todo. Sin embargo, en esta experiencia turística conviven los símbolos turísticos, culturales y comerciales. Ya que los elementos culturales tienen un precio y la experiencia social y cultural pasan a convertirse en productos sometidos a las transacciones del mercado.

En cuanto a las descripciones contemporáneas de los lugares visitados, están influenciadas por los relatos del siglo XIX, que son recreadas en las guías turísticas actuales, a pesar de los cambios que pudieran haber ocurrido. En relación al patrimonio, las guías e imágenes turísticas lo presentan aislado desconectado de la vida cotidiana del lugar, reduciendo la variedad de significados exaltando solo el estético.

El cuarto capítulo, “Desde el Aleph”, se desmenuzan los componentes principales del turismo cultural: los nodos, los paisajes semiológicos, los itinerarios, el patrimonio inmaterial y los espacios simulados. Comenzando por el primero, la existencia de nodos es lo que produce el efecto de atracción clave que determina cuáles serán los espacios en los que se creará una imagen de destino cultural. Por lo tanto, el autor afirma que existe una geografía del turismo individual (experiencia) formada por la selección de nodos que realiza cada visitantes (de acuerdo a las imágenes que creó con anterioridad); y una geografía de turismo colectivo (ritual) constituida por las coincidencias de la mirada de los distintivos visitantes. Las guías turísticas influyen en la selección y jerarquización de los nodos. Y los marcadores son los encargados de indicar a los visitantes su localización en el espacio turístico. Sin embargo, existen nodos que alcanzan un nivel de atracción y visibilidad muy alto, llegando a superar la imagen del propio espacio, este proceso es denominado de “eiffelización”. Son nodos que se convierten en íconos universales, que además de tener significados culturales, adquieren significados turísticos. En otros casos, sucede que el patrimonio de una localidad, al ser incorporado en la lista de Patrimonios de la Humanidad aumenta significativamente su capacidad de atracción, siendo esta forma de activación una efectiva campaña de promoción turística. Si bien, en el turismo cultural se consume una experiencia fragmentada al ofrecer la visita de determinados nodos, también existen los paisajes o espacios semiológicos. Algunos son espacios de testimonio de la explotación humana y un santuario de reconciliación. El tercer elemento turístico son los itinerarios en el que el atractivo principal es el propio camino, caracterizado por el autor como un espacio textual, ya que está diseñado para que el visitante conozca sus diferentes procesos y significados en la medida que lo recorre.

Con respecto al cuarto elemento, el patrimonio inmaterial, el autor da cuenta de cómo el turismo va de la mano con la evolución del patrimonio y su conservación. Ya que desde la UNESCO, existe la categoría de patrimonios lineales donde se incluyen caminos y otros itinerarios territoriales y marítimos como los mencionados por el autor: el camino de Santiago de Compostela, la Ruta del Esclavo. Otra categoría implementada desde el 2003 por dicha institución es el patrimonio inmaterial, como las festividades. El quinto y último elemento, los espacios simulados, se refiere al proceso de reconstrucción de lugares que devienen turísticos. Y que aparece una tensión entre, justamente, la realidad y el simulacro, entre el hecho cultural y su representación. Así como en relación a los nodos se destaca el proceso de “eiffelización”, en este punto propone un proceso contrario llamado “florentización”. En este caso se toma un referente de carácter universal como modelo para la rehabilitación o condicionamiento de un espacio turístico, disolviendo su forma preexistente. Con todo esto el autor sintetiza el turismo cultural como una mezcla fusionada de elementos culturales, simbólicos y ritual turístico por la mirada turística.

El quinto y último capítulo denominado “El fuego de Prometeo”, el autor realiza un breve recorrido por las diferentes respuestas locales para resolver los conflictos que el turismo genera. En algunos lugares se observa la capacidad de transformación espacial que tiene el turismo, que puede llegar a desfigurar un territorio y adaptar una realidad a su imagen. Sin embargo, es gracias a la gestión que determinados espacios se vuelven accesibles. Y son los sistemas de gestión los que condicionan los itinerarios, las intensidades, y los impactos de los visitantes sobre el medio cultural. Por ejemplo, en este recorrido se observa cómo se pasó de conservar edificaciones aisladas a una preservación integral del patrimonio, lo que lleva a apreciar un espacio y sus elementos en conjunto e interpretados en su contexto. También, comenzaron a implementarse planes de rehabilitación en los cascos históricos de una ciudad o pueblo. Actualmente, la gestión espacial del patrimonio se caracteriza por seguir caminos complementarios y articulados entre las acciones gubernamentales y las turísticas. Todas las iniciativas de gestión, de promoción, de comercialización o de mejora de las infraestructuras están orientadas a incrementar el número de visitantes en las regiones, las ciudades, los nodos o los museos sin perturbar la vida cotidiana de los residentes.

El sexto y último capítulo, el autor plantea nuevamente la dificultad de definir concretamente qué es el turismo cultural, sobre todo en un contexto posmoderno, y que se refleja en el último título elegido “Turismo Cultural. Espejos y reflejos”. Sin embargo, concluye con algunas ideas sobre cómo caracterizar esta modalidad. Así, el turismo cultural contemporáneo es una construcción social donde se seleccionan nodos y espacios en los que se conjugan experiencias, rituales y diversidad de miradas que contribuyen a crear y recrear representaciones e imágenes que los visitantes esperan encontrar en los destinos turísticos. Es una práctica que genera encuentros y tensiones entre el turismo y la cultura y que acepta que en un mismo espacio converjan y se evoquen diferentes relatos, identidades e interpretaciones de los elementos culturales expuestos como atractivos. Por último, así como el turismo generan iniciativas que promueven la conservación y

rehabilitación de lugares históricos, también genera la mercantilización de la cultura y el patrimonio. De esta forma es que el autor muestra la complejidad, paradojas, encuentros y tensiones que caracterizan al turismo cultural contemporáneo.